

GUILLERMO ROUX

“HACE TIEMPO QUERÍA LIBRARME DE VIVENCIAS PESADAS”

ES UNO DE LOS GRANDES MAESTROS DEL ARTE ARGENTINO. A PARTIR DE LA ENTREVISTA DE TAPA QUE BRINDÓ A *CLASE EJECUTIVA* EN 2014, DECIDIÓ QUE HABÍA LLEGADO EL MOMENTO DE REPASAR SU VIDA Y OBRA EN FORMATO DE BIOGRAFÍA. EL LANZAMIENTO DEL LIBRO COINCIDE CON UNA MUESTRA DE INÉDITOS DIBUJOS EN BIROME REALIZADOS DURANTE UN LARGO PERÍODO

DE REVELADOR INSOMNIO. **Txt:** Belén Papa Orfano

Salir del Trecento y volver al mundo fue difícil”, sostiene el maestro Guillermo Roux en su biografía, escrita por la periodista María Paula Zacharías y editada recientemente por la editorial Paidós. Trecento es la forma como se denomina al siglo XIV en la historia del arte italiano, previo al Renacimiento. Roux se refería a la decisión de dejar Roma y regresar a Buenos Aires. Era 1960, tenía 29 años y había pasado los últimos cuatro trabajando en el taller de Umberto Nonni como ayudante en obras de decoración y restauración, ganando lo justo para vivir en una pensión con su esposa de entonces, mientras en su tiempo libre visitaba los museos romanos, dibujaba sin parar y estudiaba a los grandes maestros para conocer las técnicas más elementales. Ese “mundo” al que aludía el artista implicaba salir del estado de ensueño que había alcanzado durante su estadía italiana, en el que vivía y respiraba arte, y que distaba de su vida porteña. Hijo de un dibujante que trabajaba para varias editoriales, había aprendido el oficio observando a su padre. A los 16 años dejó la escuela para ingresar al sello de historietas de Dante Quintero donde se publicaba, entre otras, *Patoruzú*. Se hizo artista, según él, desde el trabajo. Pasó por la Escuela Nacional de Bellas Artes, dibujó para agencias de publicidad, hizo una muestra en la extinta galería Peuser, tuvo amores con mujeres más grandes y, a los 27 años, se fue a Europa. Pasaron casi 60 años desde su regreso de Italia, el primero de decenas de viajes europeos que llegaron después de la mano de su carrera. Es abril, el otoño en Buenos Aires apenas emerge y Roux está sentado en un sillón de su casa en la localidad bonaerense de Martínez. Llueve. Una tormenta similar lo hizo descubrirse pintor. Tenía que entregar una historieta en la editorial pero, en cambio, se puso a dibujar. Así lo cuenta en su bio-

grafía: “Recuerdo que cuando el dibujante Eduardo Ferro vino a buscar el trabajo y vio lo que había hecho en la página, me dijo: ‘¿Qué hiciste, pibe?’. Le contesté: ‘Pinté lo que vi’. ‘¿Y la página?’, me preguntó. ‘Bueno, era el único papel que encontré. No había tiempo: ¡La tormenta pasaba!’. Me respondió: ‘Pibe, vos sos pintor. Ese es tu camino. No importa que hayas arruinado la página, hacemos otra. Pero tu camino es ese’”. Roux recibe, junto a Zacharías, a un grupo de periodistas para hablar de su vida, de la experiencia de abrir sus sentimientos con el fin de darle forma de relato biográfico y, especialmente, sobre su reciente muestra. Porque el 17 de abril inauguró *Diario Gráfico*, una selección de 290 dibujos realizados en birome, y en cuadernos personales, entre agosto de 2015 y diciembre de 2017, a la par que le relataba su vida a la periodista y se recuperaba de una convalecencia que lo deprimió y le resintió su movilidad. Sus trabajos se exhiben en dos sedes: el Museo Nacional de Bellas Artes y la Casa Central de la Cultura Popular Villa 21-24. “Roux crea un relato gráfico de su vida cotidiana. Un relato que será el medio para acercarse a un público que, quizás por su juventud, no lo conoce, al tiempo que lo reencontrará con aquellos que extrañaban sus trazos”, define la curadora de la exposición, Cecilia Medina.

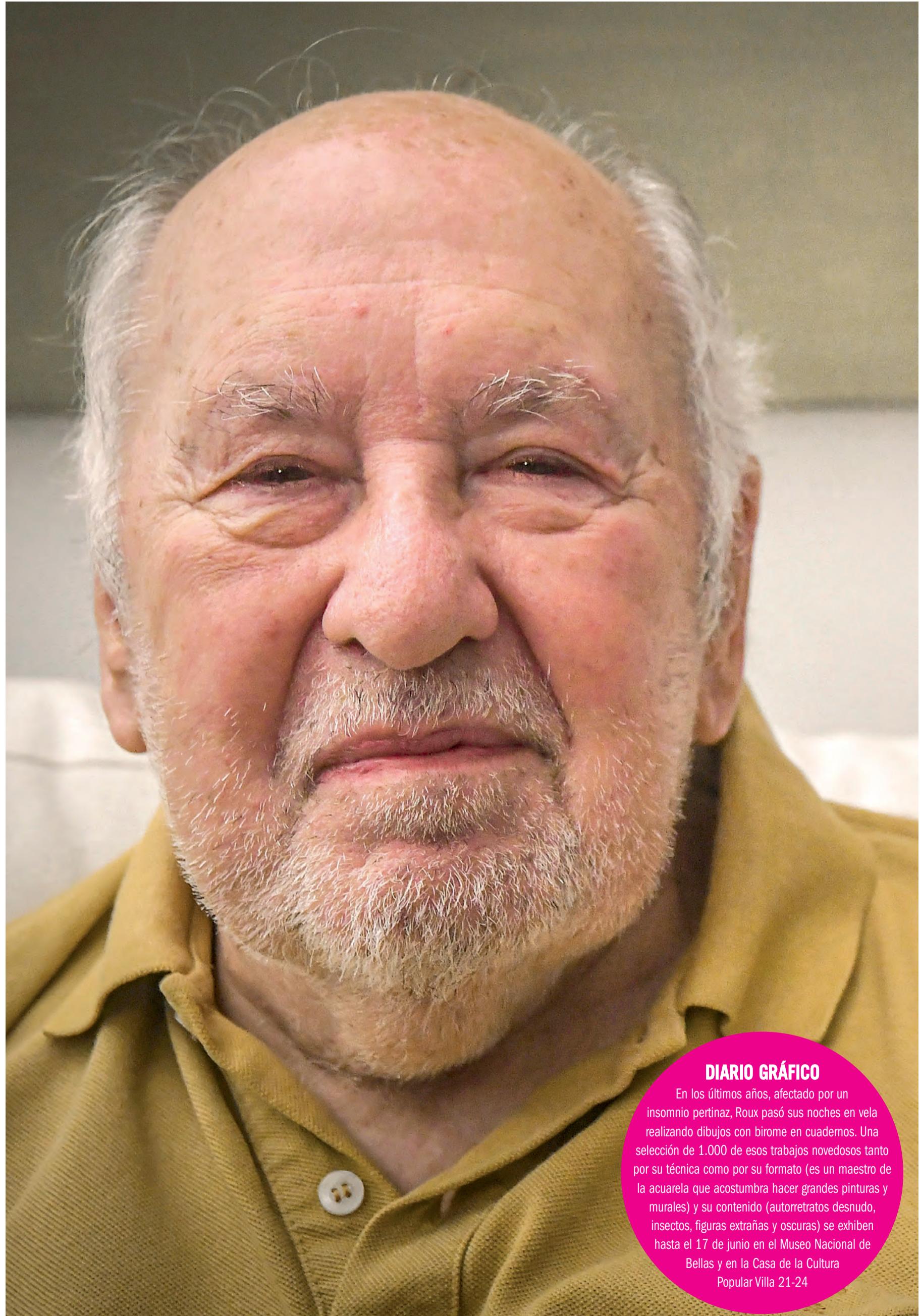
La lluvia no cede. Pero dentro de su casa-taller se respira un ambiente cálido y familiar. Zacharías se mueve como un miembro más de la familia, hace las presentaciones de rigor y revela datos que esconden los objetos de la casa. La periodista pasó los últimos cuatro años visitando al artista en esa vivienda para entablar largas conversaciones, entre tazas de té y copitas de oporto. La primera vez que llegó a ese hogar lo había hecho con un objetivo: entrevistar al artista para hablar de la actualidad política en una nota que luego se convertiría

en la tapa de la edición del 25 de abril de 2014 de *Clase Ejecutiva*. Aunque en un comienzo dudó, finalmente accedió a la charla. Unas semanas, después su ahora biógrafa volvió para entregarle en mano una copia de la revista *lifestyle* de *El Cronista*. Roux se había sentido tan cómodo con el encuentro y la prosa de la periodista que ofreció contarle su vida. “Hacía tiempo que quería escribir un texto donde pudiera contar acontecimientos de mi larga vida. Más que para llamar la atención, para poder librarme de vivencias que, demasiado acumuladas, me pesaban”, afirma el maestro en el epílogo del libro.

“Buscamos darle un orden a los recuerdos que aparecían desordenados”, explica Zacharías. El libro, en formato de una larga entrevista, recorre la vida profesional, personal y sentimental de Roux. Aunque guarda un orden cronológico, la periodista intercala los recuerdos de la niñez y su consagración a los 40 años con el relato de escenas del presente. Asistimos a la recuperación física de Roux en sesiones de ejercicios acuáticos -tras concluir el mural *La Constitución guía al pueblo*, en la Legislatura de Santa Fe, en 2011, se resintió su columna vertebral, se deprimió y sufrió insomnio-; a la producción de la serie *Mano a mano*, que realizó junto a su par Carlos Alonso y que luego se exhibió en la Galería Ro; al desafío de, pese a estar en silla de ruedas, pintar *La diosa de la pileta* en el fondo de su piscina; y a la realización de la serie de carbonillas *Nocturnos*, dibujos que nacieron durante las noches en vela. “Durante todo el proceso parecía una conexión entre los recuerdos y el ahora, entre los recuerdos más remotos y las pinturas actuales”, sostiene la autora.

UN TALLER Y UNA MUJER

La casa de Roux tiene dos plantas. En la de abajo, algunos elementos anticipan que allí vive un artis-



DIARIO GRÁFICO

En los últimos años, afectado por un insomnio pertinaz, Roux pasó sus noches en vela realizando dibujos con birome en cuadernos. Una selección de 1.000 de esos trabajos novedosos tanto por su técnica como por su formato (es un maestro de la acuarela que acostumbra hacer grandes pinturas y murales) y su contenido (autorretratos desnudo, insectos, figuras extrañas y oscuras) se exhiben hasta el 17 de junio en el Museo Nacional de Bellas y en la Casa de la Cultura Popular Villa 21-24



ta. Un caballete pequeño a un costado, acuarelas -su especialidad-, pasteles y dibujos se reparten por las paredes. En el primer piso, el panorama cambia. Su taller ocupa casi los mismos metros cuadrados que la planta baja. En la actualidad trabaja allí, pero durante su convalecencia lo hizo por diferentes áreas de la casa: los sillones del living, la mesa del comedor y su misma cama fueron sus zonas de trabajo. Rotó por diferentes ambientes como lo hacía su padre en la vivienda familiar de Flores, cuando él era niño y disfrutaba mirarlo dibujar. Su espacio, en el centro del ambiente, es una butaca negra frente a un caballete de más de 100 años que perteneció a la familia de Franca Beer, su compañera desde 1967.

A su alrededor, uno de los tantos mundos que inspiran a Roux: una mesa con pasteles, pinceles y carbonillas; un cajón con juguetes, cuadros, estanterías con libros de historia del arte de todos los períodos, la figura de un caballo, instrumentos musicales y la escultura de un ángel, todos elementos de utilería del Teatro Colón que llegaron al taller a través de una amiga. En un entresijo asoma una trastienda con sus trabajos y parte de su archivo, todo resguardado por la meticulosa Franca, quien desde que conoció al artista se hizo cargo de la promoción de su obra y la organización de exhibiciones tanto en la Argentina como en Europa y los Estados Unidos. En el mundillo del arte no falta quien, por lo bajo, desdice que su



Clase Ejecutiva, el origen

Guillermo Roux en sus propias palabras (Paidós) reconstruye la luminosa trayectoria de uno de los grandes artistas plásticos argentinos, a partir del diálogo que sostuvo durante cuatro años con María Paula Zacharías. El disparador de la biografía fue la entrevista que la periodista, especializada en arte, le realizó en 2014 y fue portada de la edición de abril de *Clase Ejecutiva*.

esposa lo aisgó a lo largo de todos estos años de la escena artística porteña para recluirlo en su taller... Lo cierto es que mientras Franca se encarga de gestionarle su carrera, Roux sólo se preocupa por dibujar: no maneja el dinero de la casa, no responde llamados ni *e-mails*. Todo eso lo realiza su compañera.

En ese contexto, la principal fuente de inspiración del artista son las emociones grabadas a fuego de su niñez y adolescencia, por ello el libro hace especial foco en estas épocas. El barro de un arroyo que corre, los colores del cuarto de su tía, el cortejo fúnebre de un amigo de la infancia o el verde del pasto después de la lluvia son algunos de los elementos que se repiten a lo largo del libro como disparador de sus creaciones.

Los colores tienen un apartado especial en su memoria. Ante el grupo de periodistas, revive una de esas vivencias: “El viaje a Europa tuvo varias sensaciones: era la primera vez que llegaba a Europa. Era Lisboa. Vi un caserío blanco en el horizonte. Era un blanco resplandeciente.

Cuando bajé en Lisboa, lo primero que me dijeron era que tenía que ir a ver los blancos de los monjes de (Francisco de) Zurbarán. Fue el segundo blanco que vi. También me impresionó el color del agua. Haber dejado el marrón del Río de la Plata y empezar a ver el color del mar, verdoso...”. Tenía, en ese entonces, 27 años. Hoy, a sus 88 años, esos recuerdos aún lo inspiran. ♦